

Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia y acaso tambien de deudas, abatida, despreciada, perseguida, acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* Ten en Dios una confianza sin límites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discipulos: *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezco. No confies en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2. La divina Providencia, dice san Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere ternernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una amorosa violencia: confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer; pero arrojarse enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima; cuando te suceda alguna cosa molesta, difícil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrójate á los piés del crucifijo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo aire de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que, solo con tener fe, seriamos en cierta manera todopoderosos.

DIA CUARTO.

SAN CIRIACO, LARGO Y SMARAGDO, MARTIRES.

Luego que el emperador Diocleciano asoció en el imperio á Maximiano Hercúleo, que habia nacido en Sirmich el año de 286, y luego que llegó á Roma el nuevo emperador, deseoso de acreditar su reconocimiento á su insigne bienhechor con alguna demostracion correspondiente, le regaló un magnífico palacio para el uso de sus baños que desde los cimientos hizo levantar á su costa, el que despues se llamó *las Termas de Diocleciano*, y siempre se reputó por el mas bello monumento de la magnificencia romana. Siendo todo el empeño del nuevo César lisonjear el gusto del viejo Diocleciano, conoció no podia hacerle lisonja mayor que perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes él profesaba tambien un furioso odio personal. Y considerando que la sangre de los mártires, en vez de exterminarlos, parecia fecundo riego que multiplicaba su número, resolvió perseguirlos con otro nuevo género de suplicio, tanto mas cruel, cuanto mas prolongado, á cuya sorda violencia consumiéndose en la oscuridad, se extinguiria el nombre cristiano en todo el ámbito del imperio. Ordenó, pues, que aquel soberbio edificio se erigiese á costa del sudor de los cristianos, y á todos los condenó á que trabajasen en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion del cielo ver aquel prodigioso número de confesores de Cristo cavar los cimientos, acarrear la tierra, llevar el agua, arrastrar piedras de enorme peso, y todo esto sin el menor alivio; pues, como el fin

era que todos pereciesen, apenas se les daba el sustento preciso para mantenerse. Con razon se puede decir que aquel soberbio edificio fué obra del sudor de los mártires; y acaso por eso, habiendo perecido tantos otros, ya por los incendios, ya por la voracidad del tiempo, este solo se conserva hasta el dia de hoy convertido en una suntuosa iglesia con la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, que poseen los ejemplares padres cartujos.

Durante esta persecucion, habia en Roma un caballero llamado Trason, cristiano encubierto y hombre poderoso, que, compadecido de lo que padecian los santos, determinó socorrerlos y aliviarlos en sus miserias. Parecióronle muy á propósito para instrumentos de su generosa caridad Ciriaco, Largo y Smaragdo, cristianos zelosos y todavia encubiertos, á quienes habia reservado el cielo para consuelo de aquellos pobres y afligidos fieles. Comunicóles su intento, y les encargó el cuidado de llevar sus limosnas á los cristianos que trabajaban en aquel edificio. Era comision peligrosa, y conocian muy bien nuestros santos todo su riesgo; pero el zelo y la caridad los animó á encargarse de ella. Mezclábanse intrépidamente entre aquellos ilustres confesores; socorrian con liberalidad sus necesidades; y aprovechándose diestramente de la ocasion, animaban su desaliento y los alentaban á la perseverancia. Informado de su valor, el papa san Marcelino quiso ver á nuestros santos; y reconociendo la eminente santidad de aquellos héroes cristianos, ordenó de diácono de la iglesia romana á san Ciriaco para proporcionarle que pudiese tambien atender mas eficazmente á las necesidades espirituales de los fieles.

Elevado á la nueva dignidad, llenó con fruto el sagrado ministerio. No le cedian en zelo ni en fervor Largo y Smaragdo; por lo que muy en breve todos

tres recibieron el premio de su caridad y de sus trabajos. Cogieronlos de repente cuando iban cargados de víveres y de limosnas para repartirlas entre los cristianos, y conducidos á la cárcel, fueron condenados á trabajar con ellos en las Termas.

Es inexplicable el gozo de nuestros santos cuando les intimaron la sentencia. Parecíales que ya tardaba el dichoso momento en que habian de tener parte en las fatigas y miserias de tantos confesores de Jesucristo; aumentando su alegría la esperanza de coronar los trabajos y la vida con la gloria del martirio. Con el ansia de conseguir esta gracia, eran cada dia mayores los esfuerzos de su caridad y de su fervor. Luego que se vieron mezclados entre aquella santa y venerable tropa de siervos de Dios, fué todo su anhelo aliviar á todos el trabajo, y cargarse en gran parte del que tocaba á cada uno en particular. No solo cargaban con el cuezo para llevar la tierra, y arrastraban el carro para portear las piedras, sino que, en viendo alguno de sus hermanos, ó sin fuerzas por la vejez, ó desmayado por la debilidad, ú oprimido con el peso, al punto se le echaban á cuestras y tomaban de su cuenta la labor que le correspondia. Llevaba á cuestras una pesada carga Saturnino, uno de los santos confesores, no menos venerable por su virtud, que por su respetable ancianidad, y abrumado con el peso muy superior á sus débiles fuerzas, caía en sierra á cada paso. Viéronlo nuestros santos, y al instante acudieron á los ministros del emperador, sobrestantes de la obra, suplicándoles tuviesen á bien que ellos hiciesen el trabajo que se habia encomendado á aquel buen viejo, pues era visible que no podia con él.

Admiró á los mismos ministros una caridad tan heroica, y no acababan de ponderar su asombro al ver la modestia, el agrado y el anhelo con que aque-

Los héroes se empeñaban en aliviar á sus hermanos. Pero notando sobre todo aquella alegría con que se mostraban insensibles á tan insoportables trabajos, llegaron á creer que les infundía espíritu alguna fuerza y virtud sobrenatural. Dieron parte á Maximiano de su admiracion y del motivo de ella en lo general de los cristianos; pero exaltaron sobre todo la heroica caridad de Ciriaco, Largo y Smaragdo. Oyólos el bárbaro príncipe, y como solo se distinguía por el implacable cruel odio que profesaba á la religion cristiana, lejos de ablandarse con la relacion de una caridad tan pocas veces vista, esta misma noticia le hizo entrar en mayor furor, y dió orden de que prontamente fuesen encerrados los tres santos confesores en un oscuro calabozo para ser condenados al último suplicio. Afligiólos mucho esta determinacion, porque ni podian aliviar, ni les era posible compartir los trabajos de sus amados hermanos.

Pero no queria el Señor dejar largo tiempo sepultada en la oscuridad una virtud tan benéfica. Acudieron á nuestros santos algunos ciegos; y habiéndolos abrazado san Ciriaco y hécholes sobre sus ojos la señal de la cruz, al punto recobraron la vista. Corrió la voz de esta maravilla, concurrieron muchos enfermos á la cárcel; y queriendo el Señor premiar su fe, todos fueron oídos. Ninguno dejó de cobrar la salud del cuerpo, y con ella la del alma.

Llegó hasta el palacio del emperador la noticia de estos milagros á tiempo que una hija de Diocleciano, llamada Artemia, á quien su padre amaba tiernamente, estaba poseida del demonio, que la atormentaba con la mayor crueldad. Quiso verla Diocleciano, y las violentas contorsiones que la obligaba á hacer el espíritu maligno le sacaron las lágrimas de los ojos, atravesándole el corazón, sin tener valor para ver por mas tiempo aquel triste espectáculo; desedazábase el

cuerpo, daba bramidos, y gritaba sin cesar que solo se podría ver libre de aquel enemigo por la virtud de Ciriaco, diácono de los cristianos. Suspendió por entonces el emperador todo el furor que tenía contra ellos, y mandó que al punto fuesen puestos en libertad Ciriaco y sus dos compañeros, y que les suplicasen de su parte tuviesen á bien el librar de aquel trabajo á su querida hija. Moviéronse á compasion los santos viendo el lastimoso estado de la princesa, y haciendo oracion por ella, mandó Ciriaco al demonio que al momento dejase libre el cuerpo de aquella criatura. *Obedeceré*, respondió el espíritu maligno; *porque no puedo resistir á la omnipotente virtud de Jesucristo, pero solo saldré de esta posada para ir prontamente á tomar otra en la corte de Persia. Nada harás*, replicó Ciriaco, *que no sea para tu confusion y que no ceda en mayor gloria del cristianismo*. En el mismo punto quedó libre de los demonios la doncella; porque, arrojándose á los piés del santo, le declaró que creía firmemente en Jesucristo y que queria ser cristiana; resolucion que por algun tiempo se le ocultó al emperador, el cual, reconocido al servicio de Ciriaco, mandó que le diesen una casa en Roma.

Al mismo tiempo se halló poseida del mismo demonio la hija del rey de Persia, llamada Jobia, y quiso Dios que continuamente clamase no se podría librar si no venia á sanarla el diácono Ciriaco, que estaba en Roma. Amaba el rey con extremo á esta hija; y atravesado de un vivísimo dolor al verla padecer tanto, no queriendo omitir diligencia alguna para su remedio, despachó un embajador al emperador, suplicándole que le enviase á Ciriaco sin perder un instante. Deseaba el emperador complacer al rey de Persia, porque así lo pedian los intereses del estado, y se le dió orden á Ciriaco para que al instante se pusiese en marcha con el embajador, permitiéndole

sele que llevase consigo á sus dos compañeros. Hicieron por mar parte del viaje; y saltando en tierra, no fué posible hacerles admitir el equipaje que se les daba para su comodidad. Caminaban todos tres á pié con sus bordones en las manos, sin dispensarse de sus acostumbradas penitencias, ayunando todos los dias, cantando alabanzas al Señor, en fin, como tres apóstoles.

Luego que llegaron á la corte del rey de Persia, quedaron gustosamente sorprendidos, viendo al monarca postrado á sus piés y pidiéndoles con lágrimas que tuviesen lástima de su querida hija. Prometióle Ciriaco que, como él mismo quisiese creer en Jesucristo, su hija seria libre del demonio y juntamente con la fe recibiria una perfecta salud. Todo lo ofreció y todo lo cumplió el príncipe. Hizo oracion nuestro santo; mandó al demonio que dejase libre aquella doncella; obedeció al instante; y así el padre como la hija se convirtieron, recibiendo el bautismo con mas de cuatrocientos gentiles.

El tiempo que se detuvieron los santos en la corte de Persia, no solo sirvió para confirmar en la fe á los nuevos cristianos, sino para obrar cada dia nuevas maravillas y hacer nuevas conquistas para Jesucristo. Embarcáronse cuarenta y cinco dias despues para restituirse á Roma, donde tenia dispuesto el Señor coronar muy en breve sus trabajos. Dejólos vivir en paz el emperador Diocleciano; y ya se dejan discurrir los grandes bienes que harian entre los fieles aquello héroes de la religion. Pero habiendo salido Diocleciano á visitar algunas provincias del imperio, y creciendo cada dia mas el odio y el furor de Maximiano contra los cristianos, mandó prender á nuestros santos, con órden á Carpasio que no perdonase medio alguno para reducirlos á sacrificar á los dioses; y en caso de resistirse, que ellos mismos fuesen sacrificados.

Causóles tanto horror la mera proposicion que se les hizo de que renunciassen á Jesucristo, y se mostraron tan indignados, que no se pasó adelante en apretarlos mas; y sustanciando brevemente su proceso, fueron sentenciados á muerte. Pero como Ciriaco no cesase de predicar á Jesucristo, ni de publicar que los mentidos dioses del imperio eran verdaderos demonios del infierno, mandó el juez que le echasen pez hirviendo sobre la cabeza; tormento que sufrió con heróica paciencia: y prosiguiendo en confesar y en alabar á Jesucristo, le extendieron en el ecúleo, y le quebrantaron los huesos á palos, sin que en este suplicio se le oyese mas que exclamar continuamente: *Jesus mio, mi soberano dueño, ten misericordia de mí, pecador miserable é indigno de la gracia que me haceis de padecer por la gloria de vuestro nombre.* Asombró á los mismos paganos su constancia; y noticioso de todo Maximiano, mandó que se ejecutase la sentencia y que se cortase la cabeza á Ciriaco, Largo y Smaragdo, juntamente con otros veinte mártires que tuvieron parte en la misma corona. Sucedió su martirio el dia 16 de marzo del año 303. Fueron sepultados sus cuerpos en la via Salaria, ó en el camino de la Sal, que en algunas partes se llama *el Camino saludable*. Los de san Ciriaco, Largo y Smaragdo poco tiempo despues fueron trasladados por el papa san Marcelo, sucesor de san Marcelino, á una heredad de cierta señora cristiana, llamada Lucina, en el camino de Ostia, á un buen cuarto de legua de la ciudad, y como esta traslacion se hizo el 8 de agosto, la Iglesia escogió este dia para celebrar su fiesta.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Ciriaco, diácono, san Largo, san Smaragdo y otros veinte mártires, que fueron

muerdos en la persecucion de Diocleciano y Maximiano el diez y siete de las calendas de abril, ó lo que es lo mismo, el diez y sies de marzo. Sus cuerpos fueron enterrados en la via Salaria por el presbitero Juan Mas el mismo dia los trasladó el papa san Marcelo á la hacienda de Lucina en el camino de Ostia; luego fueron llevados á Roma misma, y depositados en la iglesia llamada de Santa Maria *in via lata*, ó *calzada ancha*.

En Anazarbe en Cilicia, san Marino, quien, con ser muy anciano, fué, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Lisias, apaleado, atado á un poste y desgarrado, y por último echado á las fieras, en cuyo suplicio murió.

En el mismo lugar, san Eleuterio y san Leónido, mártires, quienes alcanzaron el triunfo con el suplicio del fuego.

En Persia, san Hormisdas, mártir bajo el rey Sapor.

En Cisica en el Helesponto, san Emiliano, obispo, quien, despues de haber padecido mucho de parte del emperador Leon, por el culto de las santas imágenes, murió al cabo desterrado.

En la isla de Candia, san Miron, obispo, ilustre por sus milagros.

En Viena en Francia, san Severo, presbitero y confesor, quien emprendió un viaje penoso para predicar el Evangelio; y llegado á dicha ciudad, con sus predicaciones y milagros convirtió á la fe de Jesucristo una muchedumbre de paganos.

En Tréveris, santa Agapa, virgen.

En Burdeos, san Momblo, abad de san Benito de Loira.

En Luca, san Teodomo, venerado como obispo.

En Passau en Baviera, san Altman, obispo.

En Galicia, el venerable Rogerio, del orden cisterciense, prior de Meira.

En Verceil, la bienaventurada Hugolina, virgen.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Ciriaci, Largi et Smaragdi solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum natalitia colimus, virtutem quoque passionis imitemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum. .

O Dios, que cada año renuevas nuestro gozo con la fiesta de tus santos mártires Ciriaco Largo y Smaragdo; concédenos la gracia de que al mismo tiempo que celebramos el dia que nacieron al cielo, imitemos tambien aquella fortaleza que mostraron en su pasion. Por nuestro Señor Jesucristo. .

La epístola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses.

Fratres: Gratias agimus Deo sine intermissione, quoniam, cum accepissetis à nobis verbum auditus Dei, accepistis illud, non ut verbum hominum, sed (sicut est verè) verbum Dei, qui operatur in vobis, qui credidistis. Vos enim imitatores facti estis, fratres, ecclesiarum Dei, que sunt in Judea in Christo Jesu; quia eadem passistis et vos à contribulibus vestris sicut et ipsi à Judæis: qui et Dominum occiderunt Jesum et prophetas, et nos persecuti sunt, et Deo non placent, et omnibus hominibus adversan-

Hermanos: Damos gracias á Dios sin cesar, porque, habiendo vosotros recibido la palabra de Dios, que oísteis de nosotros, la abrazásteis, no como palabra de los hombres, sino como palabra de Dios (como en realidad lo es), el cual obra en vosotros que habeis creído, porque vosotros, ó hermanos, os habeis hecho imitadores de las iglesias de Dios que estan en la Judea en Cristo Jesus; porque las mismas cosas habeis padecido vosotros de vuestros paisanos, que padecieron aquellos de los judíos, los cuales quitaron la vida al Señor

tur, prohibentes nos gentibus loqui ut salvæ fiant; ut impleant peccata sua semper; pervenit enim ira super illos usque in finem.

Jesús y á los profetas, y á nosotros nos persiguieron, y no agradan á Dios, y son adversos á todos los hombres; los cuales nos prohíben que hablemos á los gentiles para que se salven, para que prosigan llenando la medida de sus pecados; porque la ira de Dios ha venido sobre ellos hasta el fin.

NOTA.

« En sentir de san Juan Crisóstomo, la primera epístola que escribió el apóstol san Pablo á las iglesias, fué la que dirigió á los Tesalonicenses; y se cree fué el año 52 ó 53 de Jesucristo. Muchos son de parecer que se escribió en Atenas; pero es mas verosímil que fué en Corinto, adonde le fueron á buscar Silas y Timoteo. »

REFLEXIONES.

Hermanos míos, demos incesantes gracias á Dios, porque, habiendo oído predicar su divina palabra, no la oísteis como palabra de los hombres, sino, como lo que es verdaderamente, palabra de Dios. La misma palabra es la que hoy se nos predica; pero ¿la oímos como palabra de Dios? Uno de los mayores castigos con que amenaza Dios á su pueblo por medio del Profeta, es con que quitará la fuerza y la virtud al pan que le sirve de alimento: *Auferam robur panis*. Si este pan llega á perder el gusto; si le encuentra insípido; si ya no tiene virtud para sustentar, es preciso caer en un desfallecimiento, en un desmayo mortal. Es la palabra de Dios el pan del alma; no faltan almas zelosas y caritativas que le distribuyan; pero ¿quién no

dirá que se ve hoy ejecutada en el pueblo cristiano la terrible amenaza del Señor? Nunca se han visto tantos predicadores; nunca se han oído tantos sermones; ¿y se podrá decir con igual verdad que tampoco se han visto nunca tantas conversiones? Aun aquellas mismas personas que mas concurren á los sermones, no suelen ser las mas arregladas. ¿De qué nacerá tan poco fruto? De que esta divina semilla no se recibe como palabra de Dios, sino puramente como palabra de los hombres: *El que es hijo de Dios, decia el Salvador, oye la palabra de Dios; y por eso, vosotros no la oís, porque no sois hijos suyos.* No hay mejor señal de la robustez y del vigor de una alma, que la hambre de esta divina palabra. Háblanos Dios de diferentes maneras: unas veces, al fondo del corazón por medio de sus inspiraciones; ¡desdichado de aquel que se hace sordo á esta voz interior! otras, nos habla por los buenos ejemplos; ¡infeliz del que no entiende este lenguaje! Háblanos por medio de otros mil accidentes de la vida; ¡triste del que no sabe aprovecharse de ellos! Pero el mundo, nuestras pasiones y nuestro amor propio hablan mas alto que Dios; meten mucho ruido y no nos dejan percibir lo que aquel nos dice. Por desgracia nuestra el primer lenguaje que se oye y que se aprende, es el de las pasiones y del amor propio; se pasa toda la niñez y muchas veces toda la juventud en oír esta jerga; ¡y cuántos hay que en toda su vida no hablan otro lenguaje! pues ¿qué maravilla que no oigamos la voz de Dios? Pásase en medio del mundo toda la vida; no se oye otra cosa que sus leyes; todas las conversaciones son sobre sus máximas; para semejantes gentes la palabra de Dios es una lengua extraña que no entienden. Siendo tan diferentes el idioma del cristiano y el lenguaje del mundo; ¿qué mucho es que no se entiendan unos á otros?

El evangelio es del cap. 16 de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntis in mundum universum prædicatè Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur. In nomine meo dæmonia ejicient, linguas loquentur novis, serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super ægros manus imponent, et benè habebunt.

En aquel tiempo dijo Jesus a sus discípulos: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere se condenará. Y estos son los milagros que acompañarán á aquellos que creyeren. En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, manejarán las serpientes; y si bebieren cualquiera cosa mortífera, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y se pondrán buenos.

MEDITACION.

DE LA FE CRISTIANA

PUNTO PRIMERO.

Considera que, aunque la fe es virtud del entendimiento, la falta de ella es vicio de la voluntad. Dices que, si tuvieras fe, ya hubieras dejado esos ilícitos gustos; pues yo te digo que, si hubieras dejado esos gustos ilícitos, sin duda tendrías fe. Admirámonos de que muchas personas, por otra parte de bastante entendimiento, desbarren obstinadamente en errores contra la religion, hasta defenderlos como dogmas. Desenvuélvase bien los misterios de su corazón; cúrenlos de sus ilusiones, y se verá que á la mudanza del corazón se sigue inmediatamente la conversion

del entendimiento. Es cierto que las nieblas y las nubes se forman en el aire; pero todas provienen del agua que está sobre la superficie de la tierra. La herejía reside en el entendimiento; pero su origen y sus progresos nacen del corazón. Comiénzase á dudar desde que se comienza á vivir mal; el primer paso para no ser buen católico, es comenzar á ser mal cristiano. El curso de la fe sigue por lo comun el de las costumbres; cuando estas se estragan, aquella se pierde ó debilita. No queremos que sea verdad aquello que nos incomoda, cuando se sigue un camino mas fácil y de mayor conveniencia. El corazón esclavo de la pasión presto corrompe y engaña al entendimiento. De la duda se pasa fácilmente al error; y una vez que el orgullo, la impureza, la avaricia, la venganza dominaron el terreno, ya no aplica el entendimiento á combatir sus ilusiones, sino á sostenerlas y seguir las. ¡O buen Dios, á cuántos y de cuántos errores desengañaría un poco de reflexion en un punto que tanto nos importa! En tan deplorable disposicion, las verdades mas terribles de la fe se consideran como preocupaciones de la infancia y de la educacion. Enteramente corrompido el entendimiento por la malignidad del corazón, se constituye juez soberano de la fe, y solo toma el voto á los sentidos. Recíprocamente el entendimiento defiere ciegamente á las inclinaciones naturales del corazón; y el corazón profesa igual deferencia á las luces naturales del entendimiento por escasas y por limitadas que sean. Todo aquello que no alcanza la razon natural es condenado; nada se cree sino lo que se sujeta á la jurisdiccion de sus ideas. Mútuamente se sirven uno á otro el corazón y el entendimiento. Despues de esto, nos admiramos de que en todos tiempos broten tantos errores y tantas sectas á cual mas perniciosas. Búsqueseles el origen, que es muy